

Letras del Sur | narrativa

**Bendito  
tú eres**  
Luciano  
Lutereau



# **Bendito tú eres**

Luciano Lutereau



# **Bendito tú eres**

Luciano Lutereau



Letras del Sur  
EDITORA

BUENOS AIRES | ARGENTINA

Colección | Narrativa

Lutereau, Luciano

Bendito tú eres / Luciano Lutereau. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Letras del Sur Editora, 2022.

116 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-4441-33-1

1. Narrativa Argentina. 2. Violencia de Género. 3. Violencia Familiar. I. Título.

CDD A863

2022 © Letras del Sur Editora

✉ [letrasdelsureditora@gmail.com](mailto:letrasdelsureditora@gmail.com)

🌐 [www.letrasdelsureditora.com](http://www.letrasdelsureditora.com)

📞 (+54) 9 15 2172 3605



**Letras del Sur**  
EDITORA

ISBN: 978-987-4441-33-1

Directora: Nora Fabiana Galia

2022 © by Luciano Lutereau

Arte de tapa: Joaquín Barraza

*Todos los hechos y personajes del texto pertenecen a la ficción. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.*

Impreso por Tecnooffset | Mayo 2022

Hecho el depósito que marca la ley N° 11723

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

**IMPRESO EN LA ARGENTINA/PRINTED IN ARGENTINA**

UNO  
/ DOS /

## Analía

“La desfloración no tiene solo la consecuencia cultural de atar duraderamente la mujer al hombre; desencadena también una reacción anárquica de hostilidad al varón.”

SIGMUND FREUD

Mentiría si dijese que mi sueño era casarme y tener hijos. Cuando era niña jugaba a la mamá, pienso que como todas las niñas, aunque ahora haya algunas que no quieren ser princesas y usen capas y espadas y digan que son guerreras. Son cosas distintas. Una cosa no quita la otra. Sin embargo, no me gustan los bebés. No me interesan todas esas cosas de la maternidad, pero sí, de niña jugaba a la mamá.

También me gustaba dibujar y vestirme frente al espejo. No era para nada pedante o vanidosa, creo que me miraba tanto porque no sabía bien si la imagen era mía. Esto es algo que todavía me dura. Puedo pasar horas arreglándome en el baño antes de salir y ya en la calle, el primer reflejo del vidrio de un auto me captura y ahí estoy, de nuevo como en el mito del pobre Narciso, miro para estar segura de lo que veo. Soy yo, esta sí que es una frase ridícula.

En la casa de mis padres hay una foto en la que estoy vestida con una remera de mi mamá, que me queda grande, como si fuera un vestido y un sombre-

ro, también suyo, que me tapa la mitad de la cara. Estoy toda pintarrajeada, hasta sombra en los párpados tengo y colorete en las mejillas y empujo un cochecito de plástico. Eso era una madre para mí, una prostituta que remolca juguetes. Seguramente la maternidad real no sea una cosa muy diferente. No lo sé, ya de grande no tuve interés en tener hijos. Por suerte ya nadie te jode demasiado si no quieres ser madre. Siempre hay alguna vieja desubicada que te pregunta y vos para cuándo, pero la cuestión *sésamo* se cierra tan pronto como se abre. Nadie rompe las pelotas hoy con eso de que para ser mujer hay que parir.

Quizá por eso antes era más fácil. ¿Lo era? Esas vidas de mierda me resultan poco envidiables, pero ¿qué es una mujer? Ahora no tenemos ni idea. Yo no la tengo, porque además tampoco me interesa tanto. Siento ternura por mis años de maternidad infantil. Dije ternura y no nostalgia. Tampoco me acuerdo de tantas cosas. Me resulta todo tan lejano y no tanto por el tiempo transcurrido. Tengo el recuerdo de haber sido una madre devota, preocupada, una pendeja que iba de un lado para el otro con esos muñecotes y los arropaba, les ponía una mantita para que durmieran, los dejaba en mi cama antes de ir a la escuela. Esperaba verlos a mi regreso.

Todo esto me resulta cursi si lo pienso hoy. En la escuela había un compañerito que era medio retrasado. Me acuerdo que un día le pregunté a mi vieja qué le pasaba y ella me dijo es que él es diferente y yo pensé que también yo era diferente, ¿no lo somos

todos? Es que él tiene problemas y mi pensamiento fue el mismo, acaso ¿no los tiene todo el mundo? Es que no le anda la cabeza, no le llega el agua al tanque, habla como un pelotudo, dijo después mi viejo en casa y ahí yo me enamoré.

El amor llegó a mi vida muy temprano y por la vía de la maternidad. Así fue que adopté a este compañero y dejé los muñecos. Me convertí en la mamita de este niño desdichado, al que le llevaba galletitas, le compartía mis útiles, una vez le regalé un autito, hasta que un día me invitó a jugar a su casa. En realidad, me invitó su mamá real porque él, pobrecito, apenas decía tres o cuatro palabras y poca bola me daba, pero eso era lo de menos, porque si yo era su mamita alcanzaba con que hiciera todo lo que yo le dijese. Todo lo que yo quería. Él era mi juguete real y yo lo amaba.

Sin embargo, el día en que fui a jugar a su casa apenas me prestó atención. Estuvo toda la tarde frente al televisor y yo ahí perdí el control. No pude tolerar su indiferencia y rompí —obvio, sin que nadie me viese— algunas cosas de la casa. Me refiero a no solo juguetes, sino también a objetos que eran de la mamá. En el baño, mientras me miraba en el espejo, vacié en el lavabo un quitaesmalte y partí un delineador. No sé si lo que me molestó más fue que el retrasado no jugara conmigo o que su mamá me expusiese a esta vergüenza.

Sé que dicho así parece fuerte o dramático. Yo era una niña, no perdamos el punto de referencia. De todos modos, algo de esa sensibilidad me acompa-

ñó toda la vida. Dije antes que nunca –en mi vida posterior– me interesó la maternidad; sin embargo, eso no quiere decir que no haya querido tener hijos. Dije también que no me gustan los niños, pero eso no quiere decir que haya evitado un embarazo. No hay nada contradictorio en lo que digo, es lo más simple: el embarazo nada tiene que ver con el deseo de un hijo y yo quise que un hombre me embarace, me llene de sí mismo, extraerle su esencia y, por fin, sentirme elegida.

La primera vez que lo vi a Martín fue a través de una red social, él escribía unos posteos que me resultaban divertidos, además se notaba su carácter seductor, tenía una pizca de ironía que me resultaba muy atractiva. La ironía es una pasión que se lleva bien conmigo; me gustan los dobleces, las sospechas, la superioridad que se obtiene de creer que se puede ver más allá de lo inmediato, pero no en lo personal, sino respecto de los demás; me sienta bien la ironía como forma indirecta de desprecio, no porque sea una mujer despectiva, pero sí no quiero tener demasiado cerca a nadie. Este es el problema de la palabra, que acerca mucho; cuando hablamos los cuerpos se acercan más de lo que estoy dispuesta a tolerar. ¿Vieron esa gente que cuando tiene que decirte algo se te viene encima y no queda otra que dar un paso hacia atrás?

Las palabras tienen una química implícita, independientemente del sentido, que es variable y circunstancial. El lenguaje no es un vehículo de significados, sino un aparato, un instrumento que actúa y altera

los cuerpos, produce encantamientos, es ante todo una voz que entra por el oído y seduce. ¿Qué es la seducción? Es todo aquello que no nos permite decir que no, por eso en la seducción estamos atrapados, siempre seducidas, dispuestas a decir que sí cuando es no. El drama es que no hay alguien que nos seduzca, sino que es el deseo, ¿el nuestro? No lo sé, ¿hay deseo propio? Hay más bien deseo que nos enlaza y no podemos decir que no, incluso cuando queremos decir que no y bueno, ya estamos en el baile, qué le hace una mancha más al tigre.

Dije antes que era una mujer despectiva. Quizá sea mucho decir mujer, quizá lo de despectiva me define mejor, porque me protege, porque yo sé que bajo el cuerpo está la carne que tira, que nos arrastra, que no puede decir que no y qué hacés cuando estás en la cama con un hombre y, aunque sepas de manera consciente que tenés que cuidarte, lo que más querés es sentir su leche adentro, que te llene de esa fuerza indómita, porque en ese momento estás como poseída y no te importa nada, que mañana sea mañana, que sea otro día y pase lo que pase. Entonces muchas veces me obligué a ser despectiva, para no tentarme, para mantener una distancia mínima, porque una vez que se pasa cierta línea imaginaria, cuando ya no hay manera de regresar al otro lado de la calle, ahí no queda otra que entregarse a la destrucción y que me partan al medio.

En la juventud, mi primera experiencia de una intensidad semejante fue a partir de las drogas. Salía con mis amigas los fines de semana y consumíamos

cualquier cosa. Primero alcohol, claro, pero luego no hay que ir a muchas fiestas para que lleguen las pastillas y qué hermoso delirio, el de la inconsciencia, que el cuerpo se entregue al baile y entre en sinergia con el entorno, con el ritmo de otros cuerpos, de alguna forma eso me protegía, creo, pero la noche es espesa, no es para jugar y, a la vuelta de un pliegue siempre te encontrás con el lobo feroz que extiende la mano y te muestra un polvo mágico, que al principio te pone muy arriba, pero luego te hace desesperar y no pasa mucho tiempo hasta que estás boca abajo con la nariz apretada contra un vidrio y un hombre que de atrás te agarra la cintura y se descarga.

Las drogas son las drogas. No hay que exagerar ni demonizar su efecto, no tienen metáfora, porque además ellas son un demonio muy amable, que te anestesia y, al final, te saca el ardor del cuerpo, drenan la carne, como cuando era niña y me frotaba contra el sillón de la casa de mis viejos, lo cabalgaba hasta que una vez desvencijé el apoyabrazos y mi mamá hizo de cuenta que no había pasado nada y mi papá me dijo cómo te gusta la velocidad a vos. A mí me gustaba jugar a la mamá, pero cuando me iba a dormir pedía que me leyeran un cuento y después me ponía la mano entre las piernas y buscaba las cosquillas, así me dormía, así funciona el placer, adormece y trae la paz al cuerpo, pero también me pasaba que a veces no podía parar y no paraba y me hacía doler y no podía parar aunque me doliera. Después me empecé a comer las uñas y a rascarme las heridas, sacarme las cascaritas y mirar bajo la costra de sangre dura cómo hay un agujero y nada más, un hueco que late.

Martín tenía un humor punzante, que calaba hondo, pienso que tal vez me animé a verlo porque estaba la distancia de la pantalla, aunque en una red estamos atrapados y no lo sabemos, creemos que nos podemos ir cuando queramos y no es cierto, para nada, somos víctimas de su seducción, que no nos deja decir que no, entonces cuando dije ya está le escribo, sin timidez ni vergüenza, hubiera jurado que yo era quien decidía el acto y no que obedecía a un impulso desconocido, demoníaco, como el que nos deja ante una llamada con la mirada fija durante horas. Empezamos a chatear, estuvimos varios meses con mensajes que iban y venían. A veces terminábamos de mensajear, cerraba la compu, llenaba la bañera y me acostaba para tocarme, disfrutaba de cómo el cuerpo se extendía en la superficie del agua y me hacía de borde, de una frontera interior que se ampliaba y en la que yo me perdía, esta sí era una manera de anticipar y tolerar lo que después fue el final.

Casi nunca hablábamos por teléfono. Nos mandábamos imágenes, primero de las que circulan en las redes, memes y esas cosas, pero luego pasamos a las fotos nuestras y a mí me encendía que él me viese, me generaba un calor interno, sobre todo porque me podía ver a mí misma y pasaba un buen rato antes del envío, no porque lo quisiera hacer desear, yo no me hago rogar, sino que me detenía en mirarme y me preguntaba esta soy yo, qué pedazo de hembra, tengo la impresión de que si no hubiera estado esa mirada la verdad no sé si nos hubiéramos encontrado, porque la primera vez que nos vimos fue en un hotel

y caminamos un poco antes, es cierto, tomamos algo, claro, pero cuando sí nos vimos en serio fue en la habitación de ese hotel en que nos capturó el reflejo de nuestra imagen en el espejo y yo lo sentí venir sobre mí. Ahí estuve perdida y ya no hubo ni hay retorno.

Fue idea suya, de Martín, que nos filmáramos, primero para divertirnos y porque a mí me gustaba después tener los videos para verlos cuando estaba sola, me volvía loca con los primeros planos de su miembro en mi agujero, con el movimiento rítmico de mi culo encima de su cintura y la cámara de espaldas, pero luego él me dijo que también podíamos ganar dinero, que si subíamos el material a una página, seguro habría quienes se suscribirían para vernos, para verme. Era cuestión de no filmar nunca los rostros, que los cuerpos hicieran lo suyo y tengo que decir que me picó fuerte la idea de que del otro lado de diferentes pantallas en el mundo hubiera personas que me viesan disfrutar, como yo me podía ver cuando me sacaba las fotos. ¿Personas? Solo pensé en hombres, imaginé que se encerrarían en sus habitaciones para masturbarse frenéticamente y ser la causa de esas excitaciones me pareció irresistible.

Al principio fue un entretenimiento como cualquier otro, nos divertía jugar con las escenas tradicionales del amor, la pareja que lo hace a escondidas en un lugar público, la parte de atrás de un auto, una vez en una playa, durante el único viaje que hicimos y que, en verdad, hicimos para nuestros fans. Porque lo maravilloso fue que a partir de la plataforma de contenidos triple X nos volvimos dos celebridades,

hubo marcas que nos escribieron para pedir que usemos sus productos en nuestros videos y Martín de repente parecía un empresario, debatía presupuestos, acordaba honorarios si usábamos como set las instalaciones de un hotel, con el logo detrás nuestro, como forma de publicidad. Yo no entendía mucho del tema y lo dejaba hacer, la parte que a mí me entusiasmaba era la de aplicarme cremas y lubricantes, luego diferentes juguetitos, entonces Martín dejó de ser mi compañero sexual y se dedicó más a la cámara, a ser quien usara mi cuerpo como la superficie para poner a prueba diferentes destrezas.

Con la consolidación de nuestra pequeña empresa, lo divertido se volvió frío. No podría decir que me disgustaba, sí que el placer cambió de signo, ya no se parecía tanto al disfrute, sino a la energía del riesgo. Martín interactuaba con los suscriptores y pedía que le enviaran sugerencias, hacía votaciones y así surgió, primero, la opción de ofrecer la realización de videos a demanda, que con el tiempo crecieron en intensidad y peligro, como la vez en que me quemó las tetas con un mechero, o cuando tuvimos que ir a una guardia porque iba a eyacular en mi boca mientras me ahorcaba. Después vino el sorteo de una noche conmigo, que ganó uno de los fans, que se negó a que Martín lo filmara y acabó enseguida, pero entonces por qué no hacerlo en serio y así fue que Martín hizo un casting entre los suscriptores para elegir el mejor dotado. Luego vinieron tríos, sexo en manada, qué más puedo contarles, qué perversiones que ustedes no conozcan.

Sin embargo, yo lo quería a Martín. No puedo decir que lo amaba, pero sí que lo quería, que su modo de vivir era más audaz que el sexo, porque incluso la sexualidad se volvió el instrumento de una potencia que él tenía sobre mí. Quería todo con él, que me llegara a lo más profundo y cualquier cosa que me hubiese pedido, yo hubiese dicho que sí, no podía decir que no. ¿Esto es amor? Quizá podíamos parecer una pareja a los ojos de las demás personas, pero una pareja es algo diferente. La nuestra era una sociedad y no lo digo en un sentido peyorativo. A mí no me hubiese interesado ser su esposa, ni la madre de sus hijos, todas esas cosas de cenicientas y hadas madrinas, nada de eso era lo mío, pero sí quería esa energía que salía de su cuerpo y se derramaba sobre mí, que me despellejaba y me dejaba en carne viva.

Carne viva, esta es una expresión acertada, porque si hay un único lugar en que me imagino la carne es en una bandejita, cubierta de papel celofán, en la góndola de algún supermercado, porque la carne es algo muerto, que se pudre, que tiene olor, ¿a quién se le ocurre tener presente que esa muerte es lo más íntimo de nuestro ser? Por eso yo me relamía con su derrame, porque me sacaba la podredumbre de encima, su leche era una fuerza neutra que me calmaba el ansia, cómo no me di cuenta cuando dejó de estar de mi lado, conmigo, para irse detrás de la cámara, a su pasión de mirar y yo me convertí en la mendiga, en una puta que imploraba una gota de su poder caliente. Entonces accedí a lo que me pidiese, porque lo quería, pero también porque yo era menesterosa

y no había un don que nos redimiese, sino que solo conocíamos el arte del intercambio.

Alguna vez me pregunté si nos podríamos haber amado. No lo digo en la acepción romántica del término, sino en el amor que establece más que un pacto entre dos, que le da al otro un revestimiento de nuestra propia identidad, que hace del rostro del amado un espejo de nosotros. Yo me veía en los reflejos de los autos, en las fotos que le envié, en los hoteles en que él estaba a mi lado, porque me veía con él, pero nunca me vi en él, entonces no hubiera podido amarlo. Podría decir de que color son sus ojos, pero nada de cómo miran. Podría contarles cómo aprietan sus manos, pero no conozco ni una de sus caricias. ¿Yo hubiera soportado la ternura?

Si lo hubiese amado habría querido un hijo suyo, al que darle un cuerpo y mimar, en cuyo rostro ver al padre, pero yo no estaba preparada para ese tránsito, para la cesión que implica traer un niño al mundo, no lo hubiese estado nunca y no por egoísmo; nada me aferra a mí misma, no soy nada, salvo cuando un hombre está dentro de mí y me da la vida, una vez más, un rato más, dentro de lo posible. Hice un esfuerzo enorme por estar viva, ojalá pudieran entenderme, pero no me compadezcan, evítenme ese gasto inútil, el gesto fácil de verme como una mujer triste, porque no lo soy, no es mi caso, elegí cada uno de los hechos y si tuviera que volver a vivir, haría lo mismo. Nunca le tuve miedo al costado sórdido del mundo, en el que crecí, sí, me desarrollé y tuve la vida que pude, una vida que fue la mía.

No quise un hijo suyo, pero sí un embarazo, este sí lo anhelé con toda mi alma y cuando una noche, después de grabar algunas escenas para una productora del exterior que nos iba a dejar una ganancia que a él lo tenía excitadísimo, como muy pocas veces lo había visto, me colgué de su cinturón y lo envolví entre mis piernas, de las que él se quiso zafar, mientras me decía pará loca y yo le gritaba dame todo y él se resistía, hasta que lo empujé, lo puse boca abajo y le dije yo tengo el poder, mientras entraba en él con la mano, su erección fue completa y alcanzó con que lo diera vuelta y me sentara en él para que el acto fuese completo, después del cual se quedó dormido como un bebé y lo odié, porque a mí no me gustan los niños.

Unas semanas después, el test dio positivo y le dije que iba a tenerlo. Su respuesta fue indiferente, pero a los pocos días me dijo que lo pensara bien, que eso entorpecería nuestra organización y el negocio, que no teníamos tiempo para la crianza, que él no se iba a ocupar, que no le daría el apellido. Entonces lo llamé “Tú hijo” y yo lo maldije, ya que no pensaba tener un hijo y él hacía bromas, decía “*Bendito tú eres*” y me tocaba la panza, pero yo no dejaba que lo hiciera, porque mi cuerpo era mío y el embarazo era de mi cuerpo y no había nada más pleno que la imagen que me devolvía el espejo; por fin, esa imagen me era reintegrada y nadie más me la iba a sacar.

Para ese entonces los días se habían vuelto caóticos y más de una vez tuvimos que llamar a la policía. Lo digo en plural, porque no solo Martín me pegaba, también yo se la devolvía. Una vez le mandé un men-

saje a mi mamá y después me pregunté por qué hice eso. ¿Esperaba que me salvara? En realidad, así fue como se enteró de que estaba embarazada y largó una parrafada de cuidados y atenciones que debía tener, junto con felicitaciones y la palabra abuela, que en su boca me pareció benigna, llena de bondad y supe, entonces, que nunca más la volvería a ver.

A mí papá había dejado de verlo mucho tiempo antes. Aunque nos encontráramos en reuniones familiares y conversáramos, no había ninguna intimidación entre nosotros, no después de aquella vez en que nos despedimos para siempre, cuando nuestros cuerpos se dijeron adiós. Aquella tarde en que entré a la cocina, yo que era su hija dorada, mientras él preparaba el café y lo abracé, crucé mis brazos sobre su hombro y él me dijo cómo te va, mi vida, mamá todavía duerme la siesta y en el momento en que se dio vuelta me di cuenta de la hinchazón en su pantalón.

Salí de la cocina y fui con prisa a mi cuarto. Busqué una mochila, guardé algunas prendas y, de regreso en el pasillo, ahí estaba, su mirada clavada en mis ojos me asustó, pero no hablé, no dije nada, ni cuando me preguntó qué te parece, tesoro, si tomamos un cafecito hasta que tu mamá se despierte. Me fui a la casa de una amiga y no pisé la calle en una semana. Vino a buscarme mi mamá y creo que la mamá de mi amiga le dijo que seguramente yo estaba enamorada, que no se preocupara, que era común entre jóvenes, que las adolescentes son así, acaso ella no fue joven.

Nada le dijo la mamá de mi amiga, a mi mamá, de la vez en que yo era una niña y cabalgaba en el brazo del sillón y mi papá pasó junto a mí y me acarició

la espalda y me corrió la bombacha, metió su mano adentro y me dijo quedate quieta, qué vino primero, el huevo o la gallina, que me subiera al sillón o que mi papá metiera su mano dentro de mi bombacha. A esta altura no lo puedo saber, porque en lo demás era un tipo común, un padre, incluso de esos que son medio tontos, que hacen chistes, graciosos y ejemplares, porque nunca dejan de preparar bien la mochila de su hija.

Sin embargo, esa vez la mochila me la hice yo misma y podría decir que me fui en busca de la libertad, pero de la casa de mi amiga volví a la de mis padres y hasta que me metí en las drogas, dormí en la cama de los más diversos hombres, cuya fuerza necesité para que me sacaran de adentro la carne muerta, para que su fluido me atestara de vida hasta quedar exhausta, para ganarle a la muerte por elevación, con la cura de la muerte, con su propio veneno.

Siempre le voy a agradecer a Martín haberme permitido ir hasta el final. Que ese camino hubiese sido el de mi perdición es un hecho menor, anecdótico; que él haya sido mi victimario no se le puede reprochar, solo tengo palabras de gratitud hacia él. Pensar en un destino no es lo mismo que suponer determinaciones, una se toma mucho trabajo para merecer lo que más teme, aquello que desea a su pesar. Me siento en paz, tengo mi panza y una imagen más hermosa que la de cualquier reflejo. Ya no hay hombres que no me deseen. Soy la preferida. La única.

# / ÍNDICE /

## / UNO /

Martín .....	13
Alicia .....	31
Mauricio.....	49

## / DOS /

Analía .....	67
Matilde .....	81
Alfonso .....	99



¿Es la violencia un destino? O ¿se trata simplemente de una justificación para los actos aberrantes? *Bendito tú eres*, la nueva novela de Luciano Lutereau, nos enfrenta ante estas preguntas inquietantes y que no dejarán de involucrarnos como lectores.

Una matriz de violencia que se transmite y contagia a través de las generaciones. Un árbol genealógico cuya raíz se nutrió de sangre y flujos dando frutos de sabor agridulce. ¿Cómo puede ser explicado un hecho atroz? De infinidad de formas y algunas, incluso, son a partir de la belleza. ¿Qué sucede cuando lo bello se vuelve siniestro? Dos padres, dos madres y dos hijos, una historia compartida.

En *Bendito tú eres*, a través de una prosa realista, Luciano Lutereau permite que se escuchen las inquietantes voces de los personajes. Y, nada más inquietante que lo más salvaje del deseo.

ISBN 978-987-4441-33-1



  @Idseditora   Letras del Sur

 [www.letrasdelsureditora.com](http://www.letrasdelsureditora.com)